

Modos de ser Gonzalo N. Santos, el PRI, ¿y la prensa de entonces?

Ignacio Solares

Para René Delgado

Dentro de la grisura y la hipocresía que caracterizan los escritos de nuestros políticos —muy especialmente los autobiográficos—, resaltan y brillan por su cinismo las inefables *Memorias* de Gonzalo N. Santos, muy especialmente en relación con nuestros sistemas electorales, hoy por hoy tan desprestigiados.

Prototipo del político bravucón y descarado —“un muertito más, un muertito menos, quién no llega a perder la cuenta”— que se “formó” en plena Revolución, Gonzalo N. Santos alcanzó nada menos que el grado de general de división. Las fotos en que aparece al lado de Obregón, con sus ojos claros y socarrones —presagio de lo que iba a escribir cincuenta años después— son paradigma de esa etapa de nuestro movimiento armado: la reconstrucción nacional y la conciencia de ser puros mexicanos en la amenaza abierta, sin ambages, a lo macho; el poder político y la lucha dizque por la justicia social a punta de balazos y botellas de coñac.

“Todo encuentro casual era una cita”, dice Borges, y Gonzalo N. Santos y el PRI tenían una cita. Miembro fundador del Partido Nacional Revolucionario, fue su secretario en el Distrito Federal en 1929 y secretario general de su comité ejecutivo un año después. Y luego, claro, cofundador del Partido de la Revolución Mexicana y del PRI. Fue cinco veces consecutivas diputado federal entre 24 y 34, senador del 34 al 40 y gobernador de San Luis Potosí de 43 al 49, donde implantó un cacicazgo sin precedentes en el estado. Ahí permaneció, impertérrito y desfachatado —símbolo extremo de los políticos que la Revolución nos heredó—, hasta que López Portillo afectó su latifundio El Gar-

galeote; por cierto, el mayor de la entidad potosina y uno de los más grandes que haya habido en el país. Su enojo fue antológico y un periódico de provincia se atrevió a recoger la más fuerte y directa de sus declaraciones: “La política en México se está volviendo un juego de maricones”.

Sus *Memorias*, póstumas —“dictadas a un amigo”, no identificado—, aparecieron en 1987 y son un testimonio invaluable de las acciones y los sistemas de represión —muy especialmente en relación a lo electoral— que ha llevado a cabo el partido oficial desde su nacimiento. Así, para tener una imagen más o menos completa de este hombre singular hay que recordar tan sólo lo que le dijo Ruiz Cortines —y que el propio Gonzalo rescata en sus *Memorias*— al pedirle ayuda ante las inminentes elecciones presidenciales: “Mi estimado Gonzalo, a ti te debe el país que lo hayas salvado dos veces. La primera, evitando que Vasconcelos llegara al poder, y la segunda, evitando que llegara al poder Juan Andrew Almazán”.

¿Pero cómo fue que evitó que llegaran al poder Vasconcelos y Almazán?

El propio Vasconcelos nos cuenta de la represión que sufrió en la Alameda y que le costó la vida, entre otros, a un joven estudiante, partidario suyo: Germán del Campo:

“El coche de la muerte había pasado como un aletazo fúnebre. La cosecha del Partido Nacional Revolucionario fueron tres muertos: un estudiante y dos obreros. Los tripulantes habían sido reconocidos. El número de la placa, inscrito. El gobierno provisional de Portes Gil no iba a tener más que cumplir con la justicia que tanto prometía... Porque todos, civiles y

policías, reconocieron a Gonzalo N. Santos, miembro prominente del Partido Nacional Revolucionario. Bastó ésa, su condición privilegiada, para que se inventara un complicado embrollo con el objeto de justificar que no había caso para proceder.

“El asesino había sido apresado por aquellos que le habían visto disparar, tenían aún la pistola humeante; el calibre de la bala que mató a De Campo correspondía con un cartucho quemado en el tirador. Sin embargo, hubo manera de desvirtuar esas evidencias, tildándolas de suposiciones. El gobierno no es que no se atreviera a proceder contra el instrumento del Nacional Revolucionario ni contra uno de sus miembros más en evidencia, sino que no podía hacerlo. Hubiera equivalido a castigar a uno de sus propios miembros”.

Nadie como Gonzalo N. Santos para opinar sobre los sistemas electorales en México. En esas inefables *Memorias* nos ha dejado una minuciosa reseña de las dos campañas en que intervino como jefe de la represión: en una, para derrotar a Vasconcelos; en la otra, a Almazán. Su descaro nos ilustra. Los detalles que narra —ameztrillar a los almazanistas, por ejemplo, o limpiar la sangre a manguerazos, antes de que llegara el presidente a la casilla a votar— dan una imagen que puede más que cualquier análisis histórico.

“Unos días antes de que se celebraran las elecciones presidenciales insistí con el general Ávila Camacho en que organizáramos varios grupos de choque bien armados y escogidos [...] Podemos reunir a unos quinientos golpeadores de la mejor estirpe y en la víspera de las elecciones asaltar los comités almazanistas, tirotearlos y con ello infundirles miedo, le dije”.

A las siete de la mañana del siete de julio, Gonzalo ya había asesinado impunemente a un almanista en un tiroteo. Con su brigada de más de quinientos “golpeadores” asaltó las casillas a punta de balazos. La gente acudía a votar en grandes cantidades y lo hacía en su mayoría a favor de Almazán y los candidatos del PRUN, pero los “golpeadores” conseguían su propósito, para el que habían sido contratados: hacían huir a los votantes y representantes de las casillas; tumbaban las mesas, rompían las urnas y amagaban pistola en mano. El presidente Cárdenas, nos cuenta Gonzalo, acompañado por el subsecretario de Gobernación, daba vueltas en su coche para ver la votación y en cierto momento constató que la casilla donde debía votar estaba bien custodiada por los almanistas. Por teléfono, el subsecretario de Gobernación urgió a las brigadas de Gonzalo a que intervinieran para que el presidente pudiese votar en condiciones adecuadas...

¿Cuáles eran esas condiciones adecuadas para que el señor presidente pudiese votar? Gonzalo nos lo cuenta sin pelos en la lengua, algo ejemplar y digno de agradecer en un político de su estirpe.

Desde varias cuadras alrededor de la casilla había tiradores almanistas en las azoteas y a todos ellos tuvieron que abatirlos Gonzalo y sus huestes con las ametralladoras Thompson con que se abrían paso. “¡Ábranla que ya llegó el huevos de oro a poner orden, hijos de la chingada!”, gritaba. “Córranle porque al que se detenga lo cazamos como venado”. Poco después, dice, “arribaron los bomberos y a manguerazos de alta presión limpiaron las manchas de sangre que había por todas partes y la cruz roja se abrió paso para levantar cadáveres y heridos. Se arregló la casilla, se puso una urna nueva y así pudo votar, decentemente, el señor Presidente”.

—¡Qué limpia está la calle! —dice Gonzalo que le comentó Cárdenas.

Y la respuesta de Gonzalo es antológica, digna por sí sola de formar parte de la supuesta historia de la democracia en México.

—Donde vota el señor Presidente de la República no debe haber desperdicios ni basurero —contestó sonriente Gonzalo.

(Por supuesto, falta que todo esto sea cierto. Pero con que una mínima parte de lo que cuenta fuera cierta, cuánto nos ilustra, decíamos, sobre la época. Y, sin remedio, uno se pregunta: ¿dónde estaba la prensa de aquel entonces ante estos hechos?).

Y aun cuenta Gonzalo que apenas se hubo marchado el presidente, “ordené a los improvisados miembros de la casilla que pusieran una nueva ánfora de votos, pues iba a ser inexplicable que en la urna

sólo hubiera dos votos, el del propio presidente y el del subsecretario de Gobernación [...] Les dije a los escrutadores: ¡rápido, a vaciar el padrón y a rellenar el cajoncito, y no discriminen a los muertos, pues todos son ciudadanos mexicanos y tienen derecho a votar!”.

Es cierto —y en esto Gonzalo hasta tiene algo de filósofo y de profeta—: hoy más que nunca, los mexicanos reprimidos y asesinados tienen derecho a votar en nuestras elecciones. **U**



Samuel Santos y Gonzalo N. Santos